

## ARTICULO XIII.

*La Oratoria no prueba tanto entendimiento como memoria, é imaginativa.*

Una de las cosas, en que el vulgo yerra ordinariamente, es en confundir las tres maneras de ingenios que pusimos arriba, por no saber discernir á que facultad del alma pertenecen propriamente las producciones del ingenio. Asi vemos que guiados de este mismo error los ignorantes, confunden las obras de la memoria con las de el discurso, y al revés; graduando por hombres de grande entendimiento á algunos que descubren una habilidad, que no pasa los términos de muy comun, y ordinaria. De aquí proviene que en viendo que alguno manifiesta gran soltura, y expedicion en hablar con mucha pompa, y ornato de palabras, ya se persuaden que tienen el entendimiento muy subido. No hay cosa que mas arrebate la admiracion de los que no saben graduar los ingenios, que ver los discursos que algunos hacen llenos de agudezas, de comparaciones, de exemplos muy acomodados, y del caso, y por último salpicados de tropos, y figuras retóricas, que halagan dulcemente los oídos: todo lo qual si bien se considera no prueba mas que una buena memoria, é imaginativa; y aunque esta habilidad no dexa de merecer alabanza, y muy grande, mas no pertenece al ingenio que imagina el vulgo. Al contrario en viendo un hombre de pocas palabras, que propone sus pensamientos no con aquel adorno, y compostura que vemos en otros, luego al punto piensa la gente vulgar

que tienen muy limitado el entendimiento. Quan agenos de la verdad sean estos juicios, lo daremos á entender con varios exemplos, y razones, manifestando al mismo tiempo que esta falta de eloqüencia no solamente no arguye defecto de entendimiento, sino que los que le tienen muy levantado, suelen ser por lo comun de ménos palabras que los demas. Al entendimiento, que es la potencia mas comedida, pertenece como obra propia, y peculiar de su jurisdiccion, penetrar de raiz la verdad de las cosas dentro de sí mismo, y no derramarse por las palabras, que esto suele ser propio de los que ménos la comprenden, y pretenden lucirse. La misma escritura nos enseña esta misma contraposicion de ingenios en aquella sentencia del libro de los Prov. cap. 14. v. 23. *Ubi plurima sunt verba, ibi frequenter egestas.* Los hombres de mayor verbosidad no son los mas entendidos; y el hombre quanto mas sabio, tanto mas gusta de oír, y aprender en el silencio de la boca de los demas.

La Oratoria, que por otro nombre llamamos Retórica, y Eloqüencia es de dos maneras, profana, y sagrada. Esta última tiene por objeto la predicacion de las verdades evangélicas, y de la moralidad christiana para correccion de los vicios, y reforma de las costumbres. La primera tiene un campo mucho mas dilatado: su materia son todas las cosas divinas, y humanas; celestes y terrenas; los astros y movimientos de los cielos; los mares, los montes, los animales, ya sean brutos ya capaces de razon; las cosas de la guerra, y de la paz; los vicios, y virtudes; las leyes, las artes, y ciencias; las plantas, árboles, y minerales; y, por decirlo de una vez, en todo quanto se sujeta al conocimiento del hombre, brilla, y se

exercita la Retórica como en propia materia. Ambos á dos géneros de eloqüencia pertenecen á la memoria, y mucho mas á la imaginativa; de donde manifestaremos que la oratoria puede muy bien encontrarse en hombres, que no tengan mucho entendimiento.

Bien conozco que dice Ciceron en el libro de los insignes Oradores, *que la mayor alabanza de un hombre consiste en tener ingenio, y la del ingenio en que sea acomodado para la eloqüencia*; en lo qual parece que da á entender, que el arte de la oratoria, y el ingenio que ella pide es la mayor habilidad que puede tener el hombre. Respondemos al dicho, y autoridad de Ciceron, que en esto habló mas como pagano codicioso de gloria, que como buen Filósofo. A no ser que ésta sea una de aquellas exâgeraciones con que comunmente engrandecemos alguna arte, ó ciencia que pretendemos recomendar como muy útil, y provechosa, qual es la Retórica: pues por otra parte hablando de la Filosofia que únicamente pertenece al entendimiento, dice tales encarecimientos, que la antepone á todos los demas conocimientos, y habilidades del hombre. Como su profesion era la Abogacia, y Eloqüencia, para la que tenia ingenio particular, siempre que habla de ella, lo hace con tanto aprecio, y estimacion, que la antepone á todos los demas exercicios y estudios del hombre, sin advertir que la mayor alabanza de éste consiste en tener grande entendimiento para la penetracion, y contemplacion de la verdad. En este modo de pensar se acomodaba Ciceron al paladar del vulgo, que en graduar los ingenios, y habilidades del hombre, atiende á aquellas que son de mayor ostentacion, y pompa exterior, admirándose mas de un Orador

quando habla en público con grande armonía, y ornato de palabras, que de cien Filósofos escondidos en inquirir los secretos, y arcanos de toda la naturaleza. Fuera de esto es constante verdad que Ciceron nos presenta una pintura, y retrato del Orador, no como es en sí, sino qual debia ser para ser perfecto, y consumado: á la manera que Platon ideó una República tan acabada, y perfecta, que ninguna cosa le faltaba para su complemento, y buen gobierno, pero que nunca la ha habido, ni habrá en el mundo. Segun el retrato, y modelo de este Orador ideal, que nos propone, razon tiene en decir Ciceron que no hay ingenio mayor, ni habilidad mas sobresaliente, porque para serlo consumado debería él solo abrazar, y comprehender las tres diferencias de ingenios, lo que segun la doctrina arriba puesta, es tan imposible, como tener un hombre solo las naturalezas distintas, y contrarias que caracterizan á los demas hombres. Debia, digo, para ser Orador consumado ser Filósofo, Teólogo, Matemático, Jurista, Naturalista, Político, Mecánico, y saber todas las artes; por donde viene á decir el mismo Ciceron: *Oratorem ubicumque constiturrit, in suo consistere.* (De perfecto oratore). Y en el mismo libro: *Nemo est in oratorum numero habendus, qui non sit omnibus artibus perpolitus. In oratore perfecto est omnis Philosophorum scientia.* ¿Pero hasta ahora quien ha conocido ni uno solo?

Asi que andan tan encontrados los ingenios, y habilidades humanas, que quanto el hombre aventaje en alguna de ellas, tanto ha de flaquear en las demas. Esto mismo acaece con el que es muy eloqüente, como se verá por las disposiciones, que deben acompañar á un Orador, que mas

prueban memoria, é imaginativa, que mucho entendimiento. La primera virtud que debe tener el Orador es la elocucion. Esta debe ser pura, castiza, elegante, y constar de palabras acomodadas. A las quales debe acompañar aquella armonía, y número oratorio que hagan agradable al discurso, y de buena consonancia al oido: lo qual es de tanto peso en la eloqüencia, que el alma parece moverse no poco con aquel sonido, y terminacion gustosa de las cláusulas, y periodos, de que debe constar un razonamiento armonioso. Qualquiera puede tambien por sí mismo conocer, que las razones mas fuertes, mas nerviosas, y mas convincentes no suelen hacer mella en su animo, si se proponen sin aliño, ni hermosura. El Orador no se contenta con todo lo dicho, sino que procura dar á su oracion todo aquel adorno que le suministran los tropos y figuras. Aquellos por la brevedad, y viveza con que manifiestan los conceptos del alma; éstas por ser el language de las pasiones de que nos hallamos revestidos, prestan al discurso tanta gracia, fuerza, y energia, que un razonamiento figurado, y acompañado de estos adornos se diferencia tanto de otro que no lo está, quanto un cuerpo vivo de un cadáver frio, que no tiene movimiento. Si á todo lo dicho se junta la correspondencia del estilo, la viveza de las expresiones, la conformidad del language con la materia que tratamos, no hay mas que pedir para una perfecta elocucion. En todo esto poco, ó nada tiene que hacer el entendimiento: todo es propio de la imaginativa á la que toca todo quanto consiste en figura, armonía, y buena correspondencia. Y así si en este lugar conviene mas que en otro usar mas de ésta, que de aquella figura, ó tropo; si

cae mejor una figura de palabra, que de sententia; si conviene ensanchar, y dar mas amplitud á los periodos en una parte de la oracion, y no en otra; si conviene tocar solamente por encima las cosas, ó repetir las, é inculcarlas muchas veces para que se fixen mas en el ánimo de los oyentes; todo esto lo ha de juzgar la buena imaginativa del Orador.

La segunda virtud del Retórico es tener buena inventiva para discurrir razones, y argumentos con que probar el asunto que se propone tratar. Para lo qual conviene que entre muchos *temas*, que se le puedan ofrecer en qualquiera materia, tenga buena imaginacion, para tomar el que mas bien venga con las circunstancias del lugar, tiempo, y personas á quienes habla. Que no eche mano de algun asunto, en que le puedan faltar palabras, y razones, y con esto venga á decir frialdades que sean propias de un Orador pueril. Por donde encarga Horacio, y dice:

..... *Cui lecta potenter erit res,  
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.* Art. Poet.

Escogido que sea el asunto acomodado á sus fuerzas, debe la imaginativa ir corriendo por los lugares oratorios, que son como almacenes que abastecen al Orador de pruebas suficientes, con que pueda desempeñar lo que prometió. Mas como no todas las razones tengan igual fuerza para convencer al entendimiento, ni las razones que á uno le mueven, quadren igualmente á los demas, se necesita de un tino muy particular, para hacer eleccion de aquellas que tengan mas vigor para triunfar de los ánimos del auditorio, haciendo en ellos mas impresion. Porque claro está que el argumento que hoy convence, mañana ya no tiene

fuerza; y el que dicho en este lugar, decide, digamos así, todo el pleyto, alegado en otras circunstancias, tan léjos de favorecer, destruye la causa enteramente. Lo que convence, y mueve á un pueblo que está en necesidad, suele causar risa al que está en riqueza, y abundancia. Las razones que acomodan á una Monarquía, tal vez vendrán muy mal para una República. Cada uno conoce por sí mismo, que lo que le hacia mucha fuerza á su entendimiento en la primera edad, ya no le mueve en la edad abanzada: al paso que el hombre va creciendo en edad, muda de pasiones, y de modo de pensar. Todas estas cosas las ha de poner en balanza, y pesar juiciosamente la imaginativa del que persuade. Si al Orador le falta esta facilidad, y prontitud de una fecunda imaginacion, que discorra medios con que probar qualquier asunto que se proponga, lo debe suplir con una leccion vasta, y continua; con los conocimientos que debe adquirir diariamente en los libros, para lo qual necesita de una pronta, y feliz memoria, que se lo recuerde, quando tenga necesidad de ello. *Is Orator erit, mea quidem sententia* (Cic. de perfecto Oratore) *hoc tam gravi dignus nomine, qui, quaecumque res inciderit, qua sit dictione explicanda, prudenter, copiose, ornate, et memoriter dicat.* Pero hay una muy notable diferencia entre lo que la memoria conserva de la continua leccion, y lo que el Orador discurre por propia imaginativa; que aquella es muy limitada, y escasa, pero la feliz invencion es como una fuente que nunca se acaba. Y no hallo otra mejor comparacion para explicar esta diferencia, que la de aquel que saca oro de un depósito que él mismo guardó, y el que lo saca de un mineral que nunca se agota. A todo esto se

junta, que no todo quanto dice el Orador, lo encuentra ya hecho en la naturaleza, y en el arte; muchas de las cosas las compone, y las finge, y las reviste de unos colores tan vivos, como si así lo fueran en la realidad; de los quales modos de hablar usa quando hace sus suposiciones, quando habla por la *ethologia*, *apóstrofe*, *prosopopeya*, *expolicion*, *pinturas*, y otras á este tenor, que son como invenciones, y movimientos de una imaginacion acalorada: en todo lo qual no dará un paso el que no tenga calor en el cerebro, que es el temperamento que quadra á la imaginativa. ¿Qué cosas no dice, y discurre un Orador que logró esta manera de ingenio? ¿Qué pasiones no mueve, quando él mismo se muestra poseído de ellas? ¿Qué triunfos no consigue aun de los ánimos mas duros, quando para pintar la viveza de una desgracia, ó calamidad, trae á presencia de los oyentes cosas muy apartadas, ó que pasaron hace mil años? ¿Qué suspension de ánimos, que enagenamiento de sí mismos no causa en los que estan presentes, quando por esta manera de imaginacion él mismo se reviste del miserable trage de una persona infeliz, sobre cuya miseria quiere excitar la compasion? quando lleva al auditorio á vista de peligros muy distantes? quando substituye hablando en su lugar á los ausentes, ó á los que ya murieron? quando hace hablar á las mismas paredes, á los mismos lugares en que sucedió la cosa, y á los mismos instrumentos con que se executó la muerte, como si estas cosas fueran capaces de juicio, y locucion? finalmente, quando pone á los oyentes en medio de las batallas, en medio de los mares acosados de tempestades, y los pone la muerte al ojo? Tanta es la fuerza de la imaginacion del hombre.

Lo tercero, en que debe trabajar la imaginativa

del Orador, aunque no tanto como en lo que llevamos dicho, es la juiciosa distribucion de los argumentos. No es otra cosa esta disposicion, que el enlace, y encadenamiento de las pruebas, y razones inventadas. *Dispositio est ordo* (ad Herennium) *et distributio rerum, quæ demonstrat, quid quibus in locis collocandum sit.* No toda colocacion es suficiente en la eloqüencia, aun para el fin de persuadir; porque si las ideas estan confusas, y mal ordenadas, no harán la misma figura, que si se disponen diestramente. En lo qual deben observarse dos cosas: la primera es, que fundándose unas en otras, debe el Orador dar principio por aquellas, que son como basa, y fundamento de las demas. La segunda, que no teniendo todas igual fuerza, como sucede en los soldados de un mismo ejército, enseñan los Maestros del arte, que el Orador comience, y acabe su razonamiento por las razones mas convincentes, y nerviosas, mezclando entre estas las que no son de tanto vigor; á la manera que un Capitan pone en la vanguardia, y retaguardia las tropas mas esforzadas, dexando para el centro las mas endebles. En todo esto debe trabajar la buena imaginativa del Orador, para conocer donde cae mejor cada prueba, pues el distribuir, y ordenar entre sí cosas distintas, de modo, que hagan simetría, y buena consonancia, es obra en que el entendimiento nada tiene que hacer, sino sola la imaginacion.

Aun en la accion, que es la quarta virtud de la Eloqüencia, conoceremos que ayuda no poco la imaginacion. Esta accion es tan importante, que es como el alma de la Retórica. Digo el alma, porque toda la energía de un razonamiento enderezado á la persuasion, consiste en el arreglo de la accion, y ademan del cuerpo correspondiente á lo

mismo que se expresa por la boca; lo qual si falta, el Orador no moverá mas que una estatua, aunque por otra parte su oracion esté hirviendo en tropos, y figuras. Este language del ademan no es ménos eficaz, y expresivo de las pasiones interiores, que las mismas palabras. Preguntándole á Demóstenes cuál era la principal parte de la Retórica, respondió que la pronunciacion: preguntado segunda, y tercera vez sobre lo mismo, dió la primacia á esta parte. Y definiéndola Ciceron en su perfecto Orador, dice: *Actio, quæ motu corporis, quæ gestu, quæ vultu, quæ vocis conformatione moderanda est.* Con estas dos autoridades de los dos mas grandes Oradores se conoce, que la pronunciacion en la Retórica no es adorno, sino perfeccion inseparable. Es tan natural en el hombre el language del ademan, que no pocas veces valiéndose de él, declara las pasiones interiores sin hablar una palabra. Con una simple seña, con una declinacion, ó movimiento de cabeza, juntando las manos en el pecho, y levantando los ojos al cielo, conocemos aun en los mudos, que les aflige una gran pena. Los animales mismos, aunque faltos de conocimiento, especialmente los que estan domesticados, no usan de otra Retórica para manifestar los movimientos de su alma sensitiva.

La utilidad y ventaja de la pronunciacion nos da á conocer, que entre tanta multitud de libros, y escritos como hay en el mundo, es necesaria la eloqüencia para mover al hombre. Ninguno hay que no haya leído mil veces en los libros lo mismo que oye despues en el púlpito: y lo que tantas veces leído no causó particular impresion, oido una sola, penetra hasta lo mas íntimo del corazon; y si se va á decir verdad, los argumentos, y razones del escrito debian ser de su naturaleza mas po-

perosas, porque son mas de pensado. ¿Pues en qué consiste, que leyendo todos los dias; no nos sentimos tan movidos, como quando oimos hablar á otro? Y lo que es aun mas, ¿en qué consiste, que si tomamos un sermón en las manos, no nos mueve tanto, como si le oimos pronunciar al mismo que le compuso? Pues no es otra la causa, á mi ver, sino que el escrito es un lenguaje mudo, sin aquella expresion, alma, y viveza, que lleva consigo la pronunciacion, en la que se junta el peso, y fuerza de la razon con el vigor, y energia del ademan. En el escrito percibimos la razon, y fuerza del discurso por un solo sentido, que es el oido; mas en el razonamiento, que otro nos hace, nos entra por el oido, y por la vista, que ve la correspondencia del ademan con los sentimientos, de que está animado el que perora.

Infiérese de lo dicho que, como dice Platon, el estilo de escribir es muy diferente del de perorar. Hay hombres, que puestos con la pluma en la mano sobre el papel, escriben divinidades, y apuran la razon hasta lo sumo, porque allí trabaja el entendimiento; pero si les obligan á hablar en público, se hallan tan atajados, tan escasos, y pobres de expresiones, que no aciertan á decir tres palabras por falta de imaginativa. Esta potencia es mas atrevida, mas suelta, mas desembarazada que el entendimiento, que de su naturaleza es mas comedido, y detenido en sus obras. De aquí es, que aunque el hombre sea de mucho entendimiento, y muy sabio, faltándole aquel otro ingenio, que es mas abierto, no puede hablar en público con gracia, y con aquel ademan, y soltura con que el Orador ha de dominar á los oyentes. El demasiado calor, que como muchas veces hemos insinuado, es el temperamento, que causa

esta manera de ingenio, no solamente da prontitud, y viveza al alma para discurrir, sino mayor soltura á los órganos de la pronunciacion, y ademan. Por el contrario, si al que tiene ingenio para hablar, y lucirse en público, le queremos obligar á escribir de sentado, y con arreglo á una escrupulosa Filosofia, en que trabaja el discurso, no atinará ni á dictar una carta, y puesto á hablar, lo hace con tanto desembarazo, y abundancia de palabras, que es menester pagarle para que lo dexé; verificándose de los que tienen este ingenio, lo que de los cantores dice Horacio. *Satir. 3. lib. 1.*

*Omnibus hoc vitium est cantoribus inter amicos,*

*Ut nunquam inducant animum cantare rogati;*

*Iniussi nunquam desistant. Sardus habebat*

*Ille Tigellius hic. Cæsar, qui cogere posset,*

*Si peteret per amicitiam patris, atque suam,*

*non vidimus quibusvis muneribus*

*Quidquam proficeret: si collibisset, ab ovo*

*Usque ad mala citaret, Io Bacche, &c.*

Ello es, que regularmente van tan encontradas la imaginativa, y el entendimiento, que los que tienen mas pompa, y ostentacion de palabras, puestos á raciocinar, y discurrir, descubren, que su ingenio no es muy profundo para penetrar la verdad. Al contrario vemos hombres de un entendimiento muy profundo, que para hablar de repente tartamudean, y sienten gran dificultad.

Para evidenciar de quanto sirve en la eloquencia una buena, y feliz imaginativa, servirá una pregunta, que se hace Aristóteles. *¿Cuál es la causa,* dice, *que el pueblo quando oye perorar, se deleyta, y mueve mas con los exemplos, y apólogos, que propone el Orador, que con los ar-*

*gumentos?* A lo qual responde el mismo, diciendo, que los símiles, comparaciones, y exemplos traídos de cosas sensibles, como que pertenecen al sentido, convencen mas al vulgo ignorante, que las razones mas sólidas, que se fundan en una Lógica muy fina, la que así como sirve para persuadir á personas instruidas, y que tienen muy labrado el entendimiento, así tambien sobrepuja la capacidad del pueblo poco culto. En esto mismo se fundan los Maestros del arte para decir, que mas pueden para proponer la verdad al vulgo quatro comparaciones traídas á tiempo, que todo el caudal de los lugares oratorios, manejados con la mayor delicadeza. Pongamos sino los ojos en aquella sencilla, pero nerviosa oratoria, de que Jesu-Christo usaba en su predicacion para enseñar, y mover con su doctrina; y hallaremos, que ésta por lo comun constaba de semejanzas, y muy sencillas parábolas, que aun á los mas rudos, é ignorantes hacian evidente, y sensible la materia de sus discursos sagrados. Nadie puede por otra parte dudar, que la imaginacion del Orador es la que compone, y finge estos graciosos, y convenientes adornos.

Aun lo material de la voz, en opinion de Ciceron, da mucho realce á un discurso. *Instructus voce, actione, lepore*, dice el mismo hablando del perfecto Orador. Y es de tanta importancia aun en la oratoria del púlpito, que ella es la que conduce lo que dice el Orador, hasta lo mas íntimo del corazon del auditorio. El mismo Ciceron, que al principio de su exercicio en el Foro de Roma sentia mucha dificultad, trabajó como Demóstenes en el arreglo de ella, para que saliese mas abultada y sonora, y se dexase oír en el ámbito de una numerosa concurrencia. Una voz

afeminada, y débil es tan agena del púlpito, que aun la gente de buen gusto busca en los Predicadores esta buena disposicion. En esto ninguno puede tener la menor dificultad. Lo que alguno tal vez preguntará, es ¿qué tiene que ver la voz sonora, y abultada con la imaginativa, á la que hemos constituido como el ingenio principal para la eloqüencia? A esto respondemos que ninguna conexión tiene con esta potencia, pero sí con el temperamento cálido que es el que la causa: el mismo calor, que como hemos probado, dice bien con la imaginativa, ensanchando el pulmon, y trachea arteria, es el que engruesa, y hace corpulenta á la voz. Aunque no tuvieramos una experiencia constante de esta misma observacion en los individuos de la naturaleza humana, que quanto mas cálidos, la tienen mas gruesa; lo acredita bastante la frialdad de aquellos que por no perder la voz delgada, y fina, se sujetaron á una infame operacion.

Todos los Filósofos, Médicos, y Anatómicos de comun consentimiento dan esta misma respuesta, y solucion á aquella pregunta que hace Aristóteles sacada de la experiencia diaria. *¿Qual es la razon, pregunta, porque los que tienen una naturaleza ardiente, y fogosa, lo manifiestan en la voz?* Lo contrario vemos en los que son de naturaleza fria, porque el mucho frio oprime el pulmon, y encoge el pecho, quedando por lo mismo mas estrecha la via de la respiracion, y ménos hueca de lo que la voz necesita, para que aumentándose el aliento, salga mas abultada.

Una objecion se nos podrá hacer sobre todo lo que llevamos dicho, y es ¿cómo, perteneciendo la oratoria igualmente que la Poesia á esta tercera manera de ingenio, no son tambien Poetas

los Oradores; á lo ménos los que mas florecieron en la eloqüencia como un Demóstenes, Sócrates, Esquines, y Ciceron? De este último que tenía un ingenio muy particular para la oratoria, sabemos que era muy desgraciado para la Poesía. A lo ménos Juvenal censurándole aquel verso: *O fortunatam natam me Consule Romam!* dice con mucha gracia, y agudeza, que si al mismo tono hubiera dicho las *Filipicas*, nunca él perdiera la cabeza. Confieso que está bien hecha la objecion, y muy bien puesto el reparo; para cuya solucion debemos tener presente, que así como la memoria admite diversos grados, á proporcion que se aumenta en el cerebro el temperamento húmedo, y blando que la causa, á esta misma manera sucede con los otros ingenios entendimiento, é imaginativa. El que tenga mucha blandura en el cerebro tendrá mucho mas aumentada la facultad de la memoria, aprenderá mucho mas; y en ménos tiempo, que el que no logra este temperamento. Séneca cuenta de sí mismo, que repetía dos mil nombres con el mismo orden que se le decian. Ciro sabia de memoria los nombres de todos sus soldados, que componian un ejército numerosísimo. El Sacerdote Esdras sabia de memoria todas las ciencias, y tradiciones de los Hebreos. Carmides, si no nos engaña Plinio, repetía, como quien va leyendo, todas las obras, y los nombres de sus Autores hasta su tiempo. Porcio Ladron nunca aprendió quando habia de perorar, sino al tiempo mismo que lo escribia, y no erraba en una sola palabra. Este mismo en prueba de su memoria, mandaba le nombrasen algun Capitan famoso, y al punto referia la historia de sus hazañas. Mitridates, como dice A. Gelio, sabia y hablaba veinte y dos lenguas. Y

Temístocles, dice Ciceron, estaba tan mal con la portentosa memoria que tenía, que de buena gana aprendería, si lo hubiera, el arte de olvidarse.

Este mismo aumento acaece en los grados de la imaginativa, á proporcion que crece el calor, y temperamento del cerebro. El que tiene v. g. un grado de calor solamente, será buen artista mecánico; el que tenga dos, buen Retórico, ó excelente Pintor, &c. el que tenga tres, ó mas grados, será grande Poeta; y á medida que suban estos grados, subirá tambien la habilidad en qualquiera de las artes que dependen de la invencion, y travesura de la imaginativa. Que la Poesía requiere mas grados de este mismo ingenio, que la eloqüencia, se conoce en que todos los Poetas por lo comun son facundos, y eloqüentes; pero los Oradores no son Poetas.

Volviendo á la oratoria sagrada, es cierto que no pide tanto caudal de adornos, y figuras como la profana; porque las materias, de que ésta trata, no son de tanta infalibilidad como las de aquella. Así vemos que los Oradores profanos en fuerza del artificio retórico muchas veces nos venden como cosas ventajosas las más inútiles; y como laudables las que positivamente son odiosas, y repugnantes: todo esto para hacer lucir el ingenio, y fecundidad de la imaginacion. De este género son aquellos discursos en alabanza del *destierro*, *de la muerte*, *de la calamidad*; otros han empleado sus discursos en alabar *la mosca*, *la calva*, y otras semejantes bagatelas. Semejantes discursos no tienen otra ventaja que la de hacer ver quanta es la fuerza de la imaginativa del hombre. Muchos de los adornos, y artificios, que admite la eloqüencia profana, no tienen uso en



la predicacion, cuyas materias, que son las mas serias, y fundadas en la eterna verdad, no se han de tratar puerilmente, ni á fuerza de invenciones especiosas nacidas, de una imaginacion feliz; sino con el peso de la razon, con la autoridad de los divinos oráculos, y con el argumento de las divinas escrituras. Comparemos sino la oratoria de Demóstenes, de Ciceron, y de los demas Oradores Latinos, y Griegos con la de S. Pablo, y demas Apóstoles, y hallaremos una muy gran de diferencia. La de estos era mas sencilla por lo que mira á los adornos, é invenciones de la humana Retórica; pero mas sólida, mas convincente, mas enérgica, y de una fuerza irresistible: una eloqüencia en que trabajaba no la viveza de una imaginativa que sabe aparentar lo malo con los colores mas vivos de bueno, y honesto, sino las razones mas fuertes de un entendimiento *sublimado por Dios para que entendiesen las escrituras*. Aun el mismo S. Pablo, para dar á entender á sus Iglesias todo el fundamento de su predicacion, y la gran diferencia de la de los Apóstoles falsos, confiesa que su Evangelio no se fundaba en razones de sabiduría, ni eloqüencia humana, sino en la verdadera ciencia, que pertenece al entendimiento. *Existimo enim nihil me minus fecisse à magnis Apostolis, dice en otra parte, nam etsi imperitus sermone, sed non scientia*. Cor. 2. c. 11. Lo mismo viene á decir en otro lugar: *Prædicatio mea non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus*. Cor. 1. c. 2. v. 4.

Estaban los oidos del mundo hechos á la dulce voz, y halagüena persuasion de la humana, y profana eloqüencia de infinitos Oradores, que mas consistia en artificio, y falacia, que en peso, y

energía de razones. Como iban á recibir una doctrina la mas nueva, la mas inaudita, y la mas contraria á todos los sentimientos de que estaban imbuidos, claro está que se habia de enseñar ésta por distinto camino del trillado, y comun. Por esta causa no dió el Señor á sus Discípulos invencion de imaginativa, sino suma, y elevada sabiduría de entendimiento. Advertencia, que deben tener muy presente los Predicadores, para que no hagan tanto caudal de la cáscara de los adornos de la Retórica, como del meollo, y substancia de una moral sólida, y ajustada. Con lo primero se predica el hombre á sí mismo; con lo segundo la verdad del Evangelio.

Aunque bastaba todo lo dicho, vamos á declarar con exemplos, como las obras de imaginativa, y memoria, que son la facundia, y ornato de palabras son enteramente contrarias á las del entendimiento que son racionio, y discurso; para que mejor entendamos la oposicion de estas maneras de ingenio. No se puede dudar que la Filosofia pertenece á la jurisdiccion del entendimiento: pues para ser el hombre buen Filósofo no ha de decir las cosas como su imaginacion las quiere pintar, sino como estan en la naturaleza. El conocimiento de la verdad consiste en declarar el enlace, y conexion de los efectos naturales con sus causas, penetrando la influencia que éstas tienen con aquellos. Esto supuesto, es observacion bastante comun que los mas grandes Filósofos fuéron de ménos palabras. Así como la imaginativa, y memoria hacen al hombre verboso, y decidor, así el entendimiento le hace callado, silencioso, y observador de lo que los demas dicen; porque esta potencia se huelga, y complace no con el exterior aparato de palabras, sino con la contemplacion de la ver-

dad. Observemos qualquiera conversacion de personas donde se halle alguno que sepa mucho de Historia, de Geografía, de Genealogía, y otras que únicamente pertenecen á la memoria, y veremos que él solo habla mas que todos, sin dexar lugar á ninguno. Todos le han de oír un millon de veces lo que pasó entre Scipion, y Anibal; lo que hizo el Rey Don Pelayo; las fábulas de los Geriones, y los pasages del Conde Don Julian: mezclando con esto, aunque no sea menester, las genealogías, enlaces, y parentescos de Reynos enteros, y Provincias. Los que descubren esta manera de ingenio, sin mucho motivo para ello entablan conversacion con qualquiera, á fin de contarle de la cruz á la fecha todo quanto encierran en su memoria. Del mismo vicio adolecen los antiquarios, que es facultad que toca al mismo ingenio. Venga, ó no venga á cuento, ellos han de repetir las inscripciones, que encontraron en piedras carcomidas, las medallas que se hallaron debaxo de los cimientos de un edificio, con una larga relacion de cada una de ellas, interpretando sus *exergos*, y *lemas* con mucho rodeo de palabras, porque no pueden estar sin hablar impeliéndoles á ello su mismo ingenio. Muy al contrario sucede con el que tiene grande entendimiento. El Filósofo, aun quando le preguntan, habla muy poco, y al caso; mas observa, que dice; huye del bullicio, y concurrencia; ama la soledad, se complace en medio de las yerbas del campo: en medio de su enmudecimiento, y pocas palabras en todo fixa su consideracion, y de todo saca fruto. El oír, ver, y callar, aun el vulgo conoce que siempre fué carácter del hombre sabio, y de entendimiento. Como esta potencia es ménos eloqüente, y facunda que la

memoria, é imaginativa, quando consultamos al Filósofo sobre la naturaleza de las cosas, necesita hablar muy despacio, porque su language no es tan suelto, ni expedito como el de aquellos que logran buena imaginativa, y memoria, á los quales les viene la eloqüencia á borbotones: y aunque digan pocos conceptos, llenan horas enteras con sus palabras.

Ciceron trahe en el cap. 32. del Orador una muy excelente comparacion; que pone Aristóteles para declarar la diferencia entre la Dialéctica, que es obra del discurso, y la oratoria que pertenece á la imaginativa: diciendo que aquella respecto de ésta es como la mano cerrada, comparada con la abierta. Con esta hermosa comparacion pretende declarar que la Lógica usa de razones breves, y compendiosas, mientras que la Retórica se vale de un language armonioso, difuso, y de mucho rodeo. Si los Atenenses hubieran tenido presente esta diferencia de ingenios, nunca ellos se hubieran admirado de que un hombre tan sabio, y de tanto entendimiento como Sócrates, no supiese hablar en público. Del qual podemos decir, como dice un Autor, que sus razones eran como una caja de madera tosca, y sin acepillar, en la que no hay que buscar el lucimiento, y brillo exterior, pero abierta contiene dentro de sí diamantes muy preciosos. Ciceron en el libro primero de su Orador cuenta del mismo, que siendo este gran Filósofo acusado al Areopago, como él estaba inocente, pero carecia de eloqüencia para defenderse, Lisias Orador eloqüentísimo le compuso una oracion muy elegante para que la pronunciase en su defensa. Tomóla el Filósofo, y habiéndola leído, dixo que estaba muy buena; *pero á la manera que no me*

pondría, añadió, unos zapatos de Sicion (1), aunque me viniesen muy bien, solamente por ser de mugeres, así tu oracion está muy elegante, pero no es nerviosa ni varonil. Y así concluye Ciceron que fué condenado inoecente por no tener palabras con que defenderse. Lo qual nunca le sucediera, si como era Filósofo de grande entendimiento, tuviera imaginativa para pintar con los colores de la Retórica el buen estado de su causa; pues en este caso hubiera quedado absuelto, aun quando no tuviese justicia. Véase en el libro primero de las Tusculanas cap. 41. la oracion que él dixo en presencia de los Jueces, donde no tanto se disculpa de la acusacion, quanto manifiesta su constancia para sufrir la muerte. Su ingenio permaneció tan semejante á sí todo el tiempo de su vida, que como dice el mismo Ciceron, de todo quanto sabia, no nos dexó escrita ni una letra: solo á Platon se debe que no haya perecido su memoria.

La misma falta de imaginativa, y excelencia de entendimiento tuvo aquel Platon, Filósofo insigne, y Padre de tantos hombres eminentísimos; el qual carecia de esta manera de afluencia, que es propia de los Oradores: pues como dice el mismo Ciceron, la eloqüencia de los Filósofos, aunque es mas nerviosa, y eficaz, que la de los Retóricos, nunca es tan redundante, y pomposa: estos, á beneficio de una imaginativa fecunda, tornean, y varian una proposicion de tantos modos, por tantas figuras, y con tanto rodeo de periodos, que con un solo pensamiento tienen ellos para llenar un libro entero; mientrás que el Filósofo no vierte ninguna expresion, que no esté

(1) Ciudad de Grecia famosa por el calzado mugeril.

preñada, y contenga una admirable sentencia.

De su discípulo Aristóteles, no obstante que sabia con muchísima perfeccion los preceptos de la oratoria, podemos decir lo mismo, por tener ingenio mas de Filósofo, que de Orador. A esto se debe atribuir la concision, y brevedad, que se notan en todas sus obras: diciendo los que no hacen diferencia de ingenios, que la confusion con que escribió, fué de pensado, y adrede, con el fin, dicen, de que sus obras se tuviesen por oráculos, y conciliarles mayor peso, y autoridad.

¿Qué diremos de Hipócrates? cuyos escritos son tan oscuros, tan figurados, y de un estilo tan sumamente conciso, que muchos creen ser necesario don de interpretacion para entenderlos. Para que mejor entendamos quán escaso era de palabras, y quán lacónico en su language este Filósofo de tanto entendimiento, no será fuera de propósito trasladar aquí una carta, en la que da cuenta á su amigo Damageto, de como el Rey de los Persas Artaxerxes le enviaba á llamar, haciéndole tantas honras, y ofrecimientos, que no solamente le prometia todo el oro, y plata de su Reyno, sino que le haria merced, y gracia de la grandeza de su Corte. Un asunto como éste, en que habian de mediar muchas preguntas, y respuestas por una, y otra parte, parece ofrecia dilatado campo, en que el buen Hipócrates dexase libertad al estilo. Así lo parece; mas él despacha su carta en estos precisos términos: *El Rey de Persia me llamó á su Reyno, no sabiendo, que yo aprecio mas la sabiduría, que el oro: A Dios.* Supongamos pues ahora, que una buena imaginativa como la de un Erasmo, un Policiano, un Perpiñan, ú otro qualquiera, aunque de ménos entendimiento, hubiera tomado por su cuenta este

asunto. Al punto le hubieran ocurrido tantos géneros de amplificación, tantos adornos, y rodeo de expresiones, que no es mucho hubiera formado un largo panegírico de sí mismo. Por aquí entenderemos, que la amplitud, y concinidad del estilo, y redundancia de palabras quadra muy bien con la imaginativa, mientras que el entendimiento, que indaga la fuerza de la verdad, gusta de un lenguaje lacónico, y sentencioso: que éste naturalmente es potencia mas comedida, y modesta, y la imaginativa mas libre, y desenvuelta.

Aun Ciceron, que tenia ingenio muy contrario al de Platon, reconoce en éste esta misma eloqüencia viva, y enérgica, aunque de pocas palabras; en tanto grado, que si Júpiter, dice, hablara entre los hombres, no usara de ningun otro estilo, que de el de Platon. Y en el *cap. 19. del Orador* confiesa llanamente, que este Filósofo, Teofrasto, y Genocrates usaron de una oratoria muy distinta de la forense, pero no de inferior fuerza. *Ellos, dice, no tanto hablan para deleitar, quanto para enseñar la verdad.* Y así concluye diciendo, que su lenguaje no tanto debe llamarse razonamiento, en que brillen las figuras, adornos, y bellezas del arte, que son como red para ganar al pueblo rudo, quanto un discurso hecho á los sabios, en el qual, aunque sin aparato de palabras, *reyna la verdad como una doncella casta, y vergonzosa.*

Ultimamente aquél insigne Pitágoras, que ofendido de la arrogancia de llamarse los hombres sabios, fué el primero, que tomó el nombre modesto de *Filósofo*; que enriqueció en gran manera las Matemáticas con aquel ingenioso, y fecundísimo teorema de la *hipotenusa*; este Filó-

sofo, digo, mostró bastantemente esta diferencia de ingenios, no permitiendo, que alguno entrase en su Escuela, sin que primero aprendiese á callar. Como conocia, que no hay cosa mas contraria al ingenio de un Filósofo, que debe tener grande entendimiento para contemplar la naturaleza, que el mucho hablar, la primera leccion que daba á sus discípulos, era intimarlos un silencio por lo ménos de dos años. A los que conocia muy inclinados á este vicio, les aumentaba este noviciado, obligándoles á que no despegasen los labios en cinco años en su Escuela. Esta, que á muchos tal vez les parecerá extravagancia filosófica, donde por necesidad hay que hacer muchas réplicas, y preguntas, era, á lo que yo entiendo, la máxima mas acertada, y el exámen mas escrupuloso, pero disimulado, de si los que le buscaban, tenian, ó no ingenio para filosofar. Y como entendia muy bien, que el que careciese de entendimiento para esta ciencia, y tuviese ingenio para la oratoria, no podria su genio sufrir un silencio tan riguroso, porque su misma naturaleza les impeleria á lo que mas se conformaba con ella, les ponía, sin conocerlo ellos en la dura necesidad de descubrir su inclinacion, y gusto.

## ARTICULO XIV.

*Señálase el ingenio, que pide la Poesía.*

**D**exando aparte las vanidades, y locas opiniones, que la supersticiosa antigüedad tuvo de los Poetas, trayendo algunos su origen de los cielos, y atribuyéndoles neciamente ser divino; otros creyendo, que en lo que decian, eran inspira-